CAPÍTULO IV.

ULISES.

Su nacimiento. — Sus primeros años. — Es herido por un jabalí. — Toma por esposa á PENÉLOPE. — Nacimiento de TELÉMACO. — Fingida locura de Ulises. — PALAMEDES. — Sus inventos. — Cruel venganza que contra él ejerció Ulises. — Venganza de NAUPLIO. — Diferentes hazañas de Ulises. — Se embarca para regresar á Itaca. — Vence á los Ciconios. — Ulises en la tierra de los Lotófagos. — Llega á la tierra de los Ciclopes. — El odre de Eolo. — El pueblo de los Lectrigones. — El palacio de Circé. — Los compañeros de Ulises convertidos en cerdos. — Ulises vence á la maga. — Ulises en los Infiernos. — Ulises y las Sirenas. — Ulises entre Scila y Caribdis. — La isla del Sol. — Los pretendientes de Penélope. — Minerva y Telémaco. — La tela de Penélope. — Viajes de Telémaco y MENTOR. — Aventuras de DIOMEDES — Diomedes y Ulises segun las tradiciones itálicas y españolas. — IDOMENEO. — Afliccion de Penélope. — Ulises en la isla de Calipso. — Sale otra vez al mar. — Llega á la tierra de los Feacios. — Ulises y NAUSICAA. — Ulises en la cabaña de EUMEO. — Conócele su perro. — Ulises y su nodriza. — Muerte de los pretendientes de Penélope. — Triunfo de Ulises. — Su muerte. — Muerte de Telémaco.

RENDIDA y destruida Ilion y satisfecha la cólera divina los dioses parecieron abandonar la causa de los vencedores, y pocos fueron entre ellos los que regresaron felizmente á su patria. Explicados quedan el trágico fin de algunos y los trabajos que sobre otros cayeron; tócanos ahora relatar los que pasó Ulises, trabajos que merced al poema que escribió Homero con el nombre del héroe *(La Odisea)*, no ménos famoso que la *Iliada*, conocemos por extenso y menudamente, á diferencia de lo que pasa con los demas caudillos del ejército coligado.

Ulises (transformacion latina del nombre griego *Odiseo)*, célebre soberano de Itaca y Duliquio, de quien llevamos referidas no pocas hazañas, nació de la reina Anticlea, quien tuvo por esposo á Laertes, hijo de Arcesio, que lo era de Júpiter y Europa. Autolico, su abuelo materno, gran maestro en latrocinios, fué quien le dió el nombre de Odiseo, ya á causa del vivo enojo que concibió al saber el enlace de su hija, ya por atribuirle los mitólogos estas palabras: «En mi juventud fuí el terror de mis enemigos; sáquese de ahí el nombre de ese niño, y sea llamado Odiseo (terrible).» En algunos monumentos dáse á Ulises el nombre patronímico de Sisífide, por decirse que Anticlea, ántes de sus bodas, tuvo por amante á Sísifo. Algunas tradiciones hacían nacer al héroe en Alcomeno de Beocia, y añadían que en memoria del suceso fundó en Itaca una ciudad con aquel nombre.

Crióle con gran amor su nodriza Euriclea, y llegado á la adolescencia fué á visitar á su abuelo Autolico, que con su esposa Anfitea habitaba en los alrededores del monte Parnaso; en festines y cacerías pasó los dias de su visita, y en una de sus excursiones causóle un jabalí profunda herida en el muslo de la que conservó la señal hasta la muerte. Argos, su perro favorito, le salvó la vida; acometiendo la fiera, dió tiempo á Autolico para acudir en auxilio del héroe, y entre los dos la mataron. Algun tiempo despues Laertes y los principales ciudadanos de Itaca le enviaron de embajador al país de los Mesenios reclamando trescientos carneros que por ellos les fueran robados, y entónces fué cuando recibió hospitalidad de Orsiloco y recibió de Ifito el arco y el carcaj que, transcurridos muchos años, habían de servirle para dar muerte á los pretendientes de su esposa. Viajó luego por el Peloponeso; los mitógrafos le conducen á Corinto, donde Medea había introducido la funesta ciencia de los venenos, en busca de jugos para emponzoñar sus flechas, y de regreso á Itaca saludáronle

los moradores con el título de rey á pesar de existir aún Laertes. Usurpacion por parte del hijo no consta que la hubiese, tampoco abdicacion por la del padre; pero fuese como fuere, ello es que la tradicion nos presenta á Laertes cultivando su huerto y á Ulises dictando leyes para las dos islas.

Durante aquel viaje al Peloponeso presentóse como otro de los pretendientes á la codiciada mano de la bella Helena; pero no con deseo de obtenerla y sí unicamente por el gusto de ir continuado en la lista de los nobles amantes [1]. Cuéntase que ya entónces había visto y rendido su voluntad á Penélope, hija de Icario y sobrina de Tíndaro, y que en recompensa del buen consejo que dió á éste, intimidado por el gran número de rivales que se disputaban la mano de Helena su hija, obtuvo él la de su amada. Dícese tambien que la alcanzó como premio, por haber quedado vencedor en las justas á este objeto dispuestas por Icario. Sea como fuere, las bodas de las dos primas Helena y Penélope con Menelao y Ulises se celebraron á un mismo tiempo; pero al paso que la primera se quedó en Esparta, tenía la segunda que seguir á su esposo á la isla de Itaca. En vano su padre Icario quiso detenerla á su lado; cansado Ulises de sus impertinentes ruegos dejó á la nueva esposa en libertad de permanecer en Lacedemonia ó de tomar el camino del mar: Penélope entónces, sin contestar, cubrióse el rostro con el velo, é Icario, al quedar solo, erigió un altar al pudor en el sitio donde recibiera aquella muda respuesta.

Muy pocos años habían transcurrido desde que Pe-

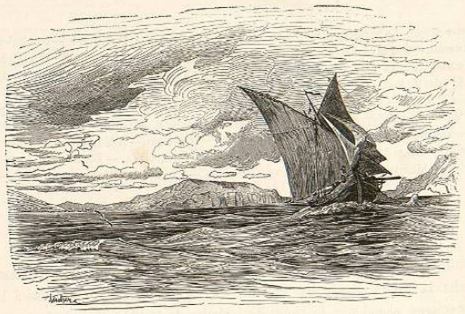

Fig. 679. — Itaca.

nélope hiciera á Ulises padre de un niño que recibió el nombre de Telémaco, cuando resonó en Grecia militar estrépito, y cuantos príncipes habían pretendido la mano de la robada Helena, aprontaron sus armas para vengar el ultraje á Menelao inferido. No deja de ser notable que de los dos caudillos que más contribuyeron á la caida de Ilion ninguno se mostrase dispuesto á tomar parte en la bélica empresa: Aquiles, por prevision de su madre, se hallaba de ella muy ajeno entre las hijas de Licomedes, y Ulises, entregado por completo al sentimiento, para él nuevo, del amor de padre, quiso tambien eludir la obligacion en que estaba de unirse con los príncipes griegos. Poco hacía que se viera amenazado de perder á su hijo, caido al mar y salvado prodigiosamente por un delfin, desde lo que tomó el rey de Itaca por emblema en el escudo la figura de aquel animal, y otra vez guerrera expedicion le obligaba á separarse de él quizas para siempre. Para evitarlo Ulises se fingió loco, y al presentarse en la isla varios enviados reclamando su cooperacion halláronle que, con semblante de insensatez y con la mano en la esteva, llevando uncidos al arado un buey y un caballo, araba la arena de la playa y sembraba en ella sal. Al verle en tal estado renunciaban ya los embajadores á tener por compañero en la guerra al hijo de Laertes; pero uno de ellos por nombre Palamedes, más astuto que los demas, no creyendo en semejante locura, imaginó, para hacerle desistir del fingimiento, coger al niño Telémaco y colocarle de pronto

Fig. 680. — Ulises se finge loco. (Piedra grabada antigua).

entre los animales que tiraban del arado en la línea del surco. Para no herir á su amado hijo, el fingido insensato levantó sobresaltado la reja, y descubierto así su ardid no tuvo Ulises más recurso que tomar las armas y seguir á los que iban en su busca, entre los que se contaban Agamenon y Menelao.

[1] Véase tomo II, pág. 80.

Pero muy caro pagó el avisado embajador haber aventajado en sagacidad al hijo de Laertes. Palamedes, hijo de Nauplio, soberano de Eubea, fué, como tantos héroes, educado por el centauro Chiron, y gran amigo de Menelao era tenido como uno de los principales instigadores de la guerra contra Troya. Formó parte de la embajada que reclamó la entrega de Helena, y decidida que estuvo la expedicion hizo rumbo á aquellas playas á la cabeza de treinta naves. A él se atribuía la primera idea de investir á Agamenon con el mando supremo, é hízose ademas notable por varios inventos encaminados á distraer la ociosidad de los soldados. La enemiga que por él sentía Ulises desde la aventura referida, hubo de aumentar aún más cuando enviado á Tracia el rey de Itaca en busca de víveres para el ejército, acusóle Palamedes de haber faltado á su mandato, y de ahí que llegados que fueron delante de Troya estallara el comprimido odio y diera lugar á espantosa tragedia.

En poder de un prisionero frigio encontróse cierto dia una carta de Príamo dirigida á Palamedes; presentada al consejo de los capitanes y siendo ella irrecusable prueba de traicion, corrieron á la tienda del acusado y hallaron allí en efecto la suma de dinero de que en la misiva se hablaba. El crímen quedó para todos evidente, y Palamedes fué muerto apedreado, habiéndose dicho despues que carta y dinero habían sido entregada la una al soldado y colocado el otro en la tienda por el vengativo Ulises.

Nauplio, padre de Palamedes, acudió en demanda de justicia; pero los Griegos, á los que era Ulises muy necesario, no quisieron descontentarle, y el rey de Eubea, resuelto á terrible venganza, hizo objeto de su odio á los Griegos todos. Por medio de los hijos que le quedaban anunció á las mujeres de los principales caudillos la total derrota del ejército griego, y ademas la muerte ó infidelidad de sus maridos, y esto fué causa, segun Estatho, poeta posterior á Homero, de que Anticlea, madre de Ulises, se ahorcase y de que Penélope se arrojase desesperada al mar, de cuyas olas la salvaron.

No satisfecho aún, así que, destruida Troya, supo el embarque de la hueste y la proximidad de la armada á las costas de Eubea, encendió hogueras en las peñas del peligroso cabo Cafareo. Azotadas las naves por la tempestad hicieron rumbo hacia el punto donde brillaban los que creyeron fuegos salvadores; la mayor parte se estrellaron en los arrecifes, y los náufragos que pudieron ganar la orilla perecieron á manos del airado padre y de sus desalmados hijos.

Atribuíase á Palamedes la invencion de cinco letras del alfabeto griego [1], de los pesos y medidas, del cálculo exacto del mes lunar y del año solar, de la táctica y de los juegos de ajedrez y dados. En la isla de Eubea se le tributaban honores divinos, y una de sus estatuas llevaba esta inscripcion: *Al dios Palamedes.*

Existía una tradicion segun la que, ocupado Palamedes en la pesca á alguna distancia del campamento, fué arrojado al agua por Ulises y Diomedes, pereciendo ahogado. El mitólogo Dares de Frigia le hizo morir por mano de Páris.

Explicadas quedan las hazañas realizadas por Ulises en el sitio de Troya y los prudentes y acertados consejos que hizo prevalecer en las asambleas de los Griegos. Itaca, Crocitea, Egilipo, Zacynto, Samos, el Epiro y finalmente la isla de Cefalonia le proporcionaron soldados, los cuales fueron embarcados en doce naves. Con falsas cartas hizo que fueran al puerto de Aulis Clitemnestra é Ifigenia, á fin de poder cumplir, derramando la sangre de la última, la voluntad del oráculo. En Lesbos disputó á Patroclo el premio del pugilato y le venció; en la costa de Misia contribuyó al desastre de la hueste de Telefos, y llegado á las riberas de Troya, protegido constantemente por Atena, se distinguió por su elocuencia y denuedo.

Antes, conforme queda dicho, había estado en Ilion en calidad de embajador, en union con Menelao y Palamedes; refería una tradicion que á Hécuba y Antenor debieron los tres su salvacion, amenazada como estaba su vida por una sedicion popular, y añadía que Ulises mantuvo constantemente con aquel príncipe troyano furtiva correspondencia. Decíase, aunque sin pormenores, que disfrazado de mendigo, logró tiempo despues tener una entrevista con Helena. En los juegos fúnebres dados en honor de Patroclo alcanzó el premio de la carrera y tuvo á Ayax por competidor en la lucha cuerpo á cuerpo, quedando la victoria indecisa. A él atribuyeron algunos autores la destruccion del sepulcro de Laomedonte, y finalmente suya fué, segun opinion comun, la idea del gran caballo de madera, que, á creer á Pausanias, no era más que una poderosa máquina de guerra. Contóse el rey de Itaca entre los guerreros que se encerraron en su vientre, y rendida que fué Troya, atribuyósele la primera proposicion de dar muerte á Astianax, así como haber arrancado de los brazos de Hécuba á la triste Polixenes para sacrificarla en el sepulcro de Aquiles.

Una vez rota la liga de los Griegos, Ulises junto con el anciano Néstor (éste mismo lo refiere) y gran parte de la hueste lanzaron al mar las naves; vuelan éstas sobre las apacibles ondas, y un poder celeste parecía allanar y sosegar á su paso el mar inmenso. Pero llegaron á Ténedos y allí estalló nueva discordia entre aquellos caudillos, siendo resultado de ella que Ulises hizo volver la proa á sus bajeles y retrocedió á Tracia, en conformidad á lo que dispusiera Agamenon.

Reembarcado, salió de nuevo al mar, y entónces comenzó para él la série de trabajos y peligros que for-

[1] Entre ellas se contaba la Y *(upsilon)*, y como las grullas vuelan formando entre todas una figura igual, dióselas el nombre de *aces de Palamedes*.

man el asunto del homérico poema. Oigamos la relacion que de ellos hace el mismo Ulises á los hospitalarios Feacios.

«—Apénas habíamonos dado la vela, impulsónos el viento á las costas de los Ciconios, al pié de los muros de Ismaro, ciudad enemiga nuestra. La expugné y la saqueé: sus mujeres, sus tesoros pasaron á ser nuestro botin, y cada soldado recibió una parte igual. Aunque exhorté á los mios á abandonar cuanto ántes aquellos sitios, ellos ¡insensatos! desobedecieron mis mandatos, y miéntras hacían correr el vino á torrentes y degollaban numerosas víctimas entregándose en la playa á estruendosos festines, dieron los Ciconios la voz de alarma á los pueblos vecinos, moradores del interior, numerosos y esforzados, que así combaten á pié como montados en carros. Con las primeras luces de la aurora pudimos verlos en muchedumbre innumerable, como en primavera las hojas y flores, y desde aquel momento hízonos experimentar Zeus los rigores todos de la fortuna.

»Formados en batalla cerca de nuestras naves, fuimos atacados con furioso denuedo; por una y otra parte da el bronce la muerte. En tanto nos iluminaron los fuegos de la aurora y fué creciendo el dia sostuvimos la pelea á pesar de la inferioridad del número; pero llegada la hora en que el sol desciende y son desuncidos los bueyes del yugo, los Ciconios, rompiendo nuestras cohortes, nos obligaron á presurosa retirada. Cada una de mis naves perdió seis valerosos guerreros; los demas pudimos librarnos de la terrible Parca. Entre el contento de haber evitado la muerte y el amargo dolor que la pérdida de tantos compañeros nos causaba, emprendimos otra vez la navegacion; pero por ardiente que nuestro deseo fuese de apartarnos de aquellos peligros é internarnos en el mar, no se movieron las naves sin que por tres veces y una á una hubiésemos llamado á gritos las sombras de los infelices cuyos cuerpos ¡ay! quedaban abandonados en aquellos campos funestos.

»A poco el dios que suscita á su voluntad la tormenta y el trueno desencadena contra nosotros terrible aquilon; tierra y agua se envuelven en pardas y sombrías nubes, y de pronto descienden del cielo espesas tinieblas. Azotadas por el flanco son mis naves arrastradas por entre las ondas cual frágil hoja por el suelo; silba el viento y con ronco y espantoso estrépito desgarra nuestras velas. Para evitar nuestra perdicion las aferramos, y á fuerza de remos logramos arribar á poco distante ensenada.

»Dos dias con sus noches permanecimos allí, tendidos en la arenosa playa, agobiados de cansancio y de pesares; llegado el tercero, al asomar la aurora, levantamos los palos, damos al aire las velas y nos sentamos en los bajeles, cuyo rumbo dirigen el viento y los pilotos. Todo parecía prometerme feliz regreso á mi patria; alcanzábamos ya el cabo Maleo, cuando de repente el impetuoso aquilon y las rápidas corrientes nos empujan léjos de la isla de Citerea, y por espacio de nueve dias consecutivos andamos de aquí para allá á merced de los desencadenados vientos.» (Homero).

Entónces, segun tradiciones posteriores, estrelláronse varias naves en el cabo Cafareo por efecto de la venganza de Nauplio. Autores hay que cuentan el hecho diciendo que se perdieron en los rompientes de Salamina, donde Telamon, inconsolable por la muerte de su hijo y guardando por ella á Ulises implacable rencor, colocó luces para llamar á los buques. Sólo dos pudieron salvarse.

«—Al fin, sigue refiriendo Ulises, podemos llegar á la tierra de los Lotófagos, pueblo que se alimentaba con los frutos del loto. Bajando á la playa hicimos provision de agua en aquellas claras fuentes, y sin apartarnos de las naves tomamos á toda prisa frugal refrigerio. Confortados ya, envié á la descubierta á dos guerreros de los más resueltos acompañados de un heraldo, para que me dijesen qué mortales moraban en aquella hermosa tierra.

»Pusiéronse en marcha y se internaron hasta la morada de los Lotófagos, nacion tranquila que los acogió con benevolencia, presentándoles en seguida el fruto del loto, en el cual cifraban sus delicias. Apénas nuestros guerreros hubieron llevado á sus labios aquel manjar más sabroso que la miel, dieron al olvido así mis órdenes como la necesidad en que estaban de volver á la playa; su único deseo fué pasar la vida entre aquellos habitantes, comer el loto su mayor deleite; hasta llegaron á olvidarse del nombre de su patria. Sin hacer caso de su llanto arranquéles de aquella tierra; llevéles á las naves donde los até á un banco, y ordené á los demas compañeros que las hicieran volar por el líquido elemento, ántes que otros, probando el loto, quisieran tambien abandonarnos y permanecer en aquellas regiones. En un instante quedamos todos embarcados, y sentados ordenadamente en los bancos, azotan los remos la mar blanquecina.

»Lleno el corazon de tristeza bogamos léjos de aquellas costas y el viento nos empuja á las tierras de los Cíclopes, pueblo salvaje y feroz. Dejando á los dioses el cuidado de alimentarlos, jamas sus manos siembran ni dirigen el arado; sus campos, sin ser labrados, cúbrense de cebada, trigo y otros frutos; la vid que da en largos racimos delicioso vino, se propaga espontáneamente, y Zeus con sus lluvias da feracidad á sus tierras. No forman los Cíclopes consejo, ni tienen leyes; dispersados en las cumbres de los altos montes pasan la vida en profundas cavernas, sin curarse de sus vecinos; cada uno de ellos reina en su mujer y en sus hijos.

»Á poca distancia de sus playas existe una isleta erizada de bosques y poblada por innumerables manadas de cabras silvestres, que sin ser inquietadas se multiplican en lugares que no vieron jamas huellas de hombre; nunca penetró por ellos el cazador, infatigable en cruzar las sombrías selvas y en trepar hasta las más escarpadas alturas. En punto alguno de la isla descúbrense rebaños domesticados ni señal de labor; inculta toda ella y desierta sólo resuena con la voz temblona de las cabras, pues los Cíclopes, sus vecinos, carecen de naves. Jamas entre ellos pintó el bermellon una proa, y no conocen el arte de construir esas flotantes casas que les pondrían en relacion con todas las costas y con todas las viviendas de los hombres. Léjos de ser aquella isla infecunda, por poco que se la desmontase cubriríase á su tiempo con los frutos todos de la tierra; verdes prados, regados por cristalinas fuentes y alfombrados de fina hierba, fórmanle como cinturon á poca distancia del mar; durante todo el año podría cogerse allí la uva; su fértil seno daría fácil entrada á la reja, y llegado que fuese otoño altas y apretadas mieses caerían en abultadas haces bajo la hoz del segador. Es su puerto de los mejores, ya que para estar en él no son menester cabos ni anclas; una vez entrado en su recinto, el buque queda allí sosegado hasta que, deseosos de partir, los marineros lo mueven é hincha las velas un viento propicio. Junto al puerto corre plateada fuente nacida en el fondo de una gruta, y sombreada por esbeltos álamos.

»Guiados sin duda por una divinidad llegamos á la isla en medio de oscura noche; tenebrosa niebla envolvía mis naves; ni una sola estrella nos enviaba un rayo de luz y la luna se ocultaba en lo más recóndito de las nubes. Ninguno de nosotros divisó la isla ni advirtió las grandes oleadas que se movían á su alrededor; ántes de sospecharlo nos encontramos en el puerto; entónces, aferrando las velas, saltamos á la orilla, y vencidos del sueño, aguardamos la llegada de la divina Aurora.

»Apénas, coronada de rosas, comenzó á elevarse hacia los cielos, vieron nuestros ojos asombrados la tierra que nos rodeaba; recorrímosla en diversas direcciones, y las ninfas de la selvas, hijas de Zeus, empujaban á manadas hacia nosotros á las cabras montaraces para sustento de mis compañeros. Despues de volver á las naves en busca del corvo arco y de largos venablos, movímosles guerra, divididos en tres cuerpos, y en poco tiempo concedióinos el cielo abundante caza. Doce bajeles obedecían mi ley, y cada uno recibió por suerte nueve piezas; diez, á mi eleccion, fueron destinadas al mio. Sentados en la orilla del mar estuvimos disfrutando todo el dia, hasta que el sol hubo cedido su lugar á lo noche, de opíparo festin; nuestras miradas se fijaban en la inmediata tierra de los Cíclopes; veíamos la humareda que de sus ranchos se elevaba, y llegaba hasta nosotros el rumor de sus voces confundido con las de sus cabras y ovejas.

»Rodeada de sombras la isla, dormimos en la misma playa, y así que aparecieron las primeras luces del alba, reuní á mis compañeros y les dije:

»—Queridos compañeros, aguardad aquí mi vuelta; quiero ir con mi nave á reconocer la inmediata costa, y saber si son sus moradores injustos y bárbaros, si es para ellos sagrada la hospitalidad y si los dioses tienen allí altares.

»Dicho esto entré en mi buque y mandé á los mios apresurar la marcha; siguiéronme todos, y sentados en los bancos cubrieron de espuma las olas á los repetidos golpes de los remos.» (Homero).

Referidas quedan las trágicas aventuras ocurridas en Sicilia en la caverna del cíclope Polifemo, y cómo Ulises, despues de haber visto perecer á los golpes del monstruo á varios de sus compañeros, pudo cegarle y librarse de él merced á su valor y astucia [1]. Outis (contraccion de Odiseo y significando tambien *nadie*) habíale dicho ser su nombre, y á esto debió que no acudiesen en auxilio del maltrecho Polifemo sus salvajes compañeros.

Al dia siguiente prosiguieron las naves su navegacion; llevábamos todos, dice Ulises, oprimido el corazon, pues si por un lado nos felicitábamos de estar con vida habiendo visto la muerte tan de cerca, no podíamos ménos que llorar á los perdidos compañeros.

Con felicidad llegaron á la isla de Eolia, donde reinaba Eolo, rey del aire y amigo de los inmortales, y de él alcanzó Ulises un odre, despojo de enorme toro, en el que estaban encarcelados los vientos tempestuosos. Con brillantes cadenas de plata atólo el mismo rey en lo más oculto de la nave, á fin de que ninguno de ellos se soltase y pudiese agitar el aire ni con el soplo más leve; al que parte de occidente lo dejó en libertad ordenándole guiar las naves griegas á la tierra natal; pero las precauciones del solícito Eolo en favor de Ulises hubieron de quedar inútiles por la locura y las cavilosidades de sus compañeros.

Por espacio de nueve dias y otras tantas noches surcaron veloces las naves las sosegadas olas; divisábanse ya los montes de Itaca, cuando aprovechando el sueño del caudillo, abrieron los Griegos el profundo odre creyendo hallar en él tesoros. En el mismo instante precipítanse al espacio los vientos todos; furiosa tormenta azota las naves y las empuja de nuevo á las costas de la isla de Eolo; pero esta vez el soberano de los vientos, teniendo á Ulises por hombre maldito, le despidió sin proporcionarle auxilio alguno [2].

«—Agobiados de pena, sigue diciendo Ulises, nos apartamos de aquellas playas; mis compañeros (resultado fatal de su imprudencia), sin soltar de las manos el pesado remo, luchan con denuedo contra las olas; pero sus fuerzas se acaban, su valor se abate, y el regreso á la patria nos parece vedado para siempre.

»Seis dias y seis noches pasamos surcando la líquida llanura, hasta que, llegado el séptimo, ofreciéronse á nuestra vista las inmensas puertas de la gran ciudad de

[1] Véase tomo I, pág. 464.
[2] Véase tomo I, pág. 516.

los Lestrigones, fundada por Lamus, antiguo soberano de aquel pueblo. En aquella tierra el pastor que con sus rebaños se retira se encuentra con el que saca los suyos al pasto, y así es que el zagal bastante fuerte para triunfar del sueño, gana allí doble salario, ya que sucesivamente y sin interrupcion puede llevar al campo los mugientes bueyes y las reses de plateado vellon: tan cerca é inmediato está de la noche el dia.

»Delante de nosotros se presenta admirable puerto formado por dos grandes rocas que, elevándose hasta las nubes, se adelantan mar adentro como para juntarse, no dejando entre ellas sino angostísimo pasaje. Sin vacilar llevan mis compañeros sus naves á aquel profundo y sosegado recinto, y la una junto á la otra, quedan todas sujetas con cuerdas. Yo fuí el único que no quise penetrar en el puerto; amarrando mi bajel á escarpada peña, trepé por ella y pude extender á lo léjos mis miradas. Esto no obstante, no alcancé á ver señal alguna de labor, de bueyes ni de hombres; únicamente ví alzarse por los aires torbellinos de humo.

»Escogí entónces á dos de los mios, los cuales acompañados de un sagrado heraldo, se dirigen por órden mia á investigar qué pueblo sea el que allí mora. Toman un ancho camino surcado por los carros, que desde los altos montes transportan á la ciudad el despojo de los bosques; á poca distancia de los muros, junto á la fuente de la ninfa Artacia, encuentran á una jóven notable por su distinguido porte, como que era hija de Antífates, rey de los Lestrigones; con la urna en la mano iba á llenarla á aquel cristalino manantial, accesible á todos los ciudadanos. Mis compañeros la saludan y le preguntan el nombre del pueblo y del rey que lo gobierna, limitándose ella á indicarles un palacio cuyas torres parecían tocar al cielo: era aquella la morada de su padre. En ella entraron, y lo primero que atrajo sus miradas fué la esposa del rey; á su vista sintiéronse poseidos de horror, pues era su estatura tan alta como elevada montaña. Vió tambien la reina á los recien llegados, y apresuróse á llamar, para que dejara el consejo, á su marido el formidable Antífates, quien los destinaba para horrible muerte. Al presentarse cogió á uno de los enviados y lo devoró; los otros dos, sin aliento, muertos de espanto, volaron más que corrieron hasta volver á las naves.

»Pero el monstruo hace resonar en el ámbito todo de la ciudad su voz terrible, y al oirla acuden de todos lados los invencibles Lestrigones en innumerable muchedumbre. No se parecen á la raza ordinaria de los hombres, y forman un pueblo de gigantes. Sobre las naves precipitan los más elevados peñascos, y aún me estremezco al recordar el horrible tumulto que llenó los aires, formado por los lúgubres gritos de los guerreros mutilados y por el estrépito de nuestros buques al saltar hechos astillas. Varios fueron los Griegos que ensartados en largos asadores quedaron destinados á la mesa de aquellos salvajes, y miéntras así reinaban la matanza y la destruccion en el ancho recinto del puerto, corté con mi espada el cable que sujetaba mi nave, excitando á mi gente á inclinarse con toda su fuerza sobre los fuertes remos. Con afortunado empuje pudo salir mi bajel á la líquida llanura, ileso de tanta peña como cerca de él había caido; pero ¡ay! los demas, sin exceptuar uno solo, quedaron sepultados en lo profundo del puerto, envueltos en comun ruina.

»Proseguimos nuestro viaje, consagrando á los perdidos compañeros dolorosos recuerdos, y llegamos á la isla de Ea, en la que reinaba Circé, poderosa deidad que hechiza á los mortales con su belleza y los melodiosos acentos de su voz. Hermana del prudente Eetes, recibió el sér de Helios, que vierte á torrentes la luz, y de la ninfa Perseis, hija del Oceano. Guiados sin duda por alguna divinidad entramos sin esfuerzo en vasto y sosegado puerto. Dos veces nace el dia y otras tantas la noche, y nosotros sin movernos permanecíamos rendidos por el cansancio y el dolor, tendidos en la arena de la playa.

»Pero llegado que fué el tercero, así que doró los montes y collados la risueña Aurora, armado con lanza y espada me dirigí á elevada montaña y desde la cumbre miré por todos lados y presté atento oido, deseoso de descubrir huellas de habitantes y de oir el sonido de la voz humana. Pero en vano: sólo veía en lontananza negra humareda que se alzaba de sombría selva de añosas encinas, tras de las que se ocultaba á mi vista el alcázar de Circé. Hacia allí pensé dirigir mis pasos, pero ántes, para acudir á lo más urgente, resolví volver á la playa para alentar á los mios y procurarles algun alimento, á cuyo fin mandaría salir á la descubierta un cuerpo numeroso. Poco distaba ya del mar, cuando sin duda nuestro triste estado movió á un dios á piedad, pues de pronto cruzó por mi camino un alto ciervo de majestuosa cornamenta, que abrasado por los ardores del sol, dejaba los agrestes pastos del monte para beber en el rio. Alcanzóle mi lanza en medio de su carrera, clavósele en el lomo y lo atravesó de parte á parte; el animal cayó exhalando lastimero grito y perdió la vida juntamente con su sangre. Corro á él, y retirada la lanza, formada con juncos una cuerda con la que ato al monstruoso venado, cárgolo sobre mis hombros y me dirijo á la playa, sirviéndome de apoyo la lanza. Llegado allí arrojé mi carga junto á la nave, y para reanimar á mis compañeros, díjeles con afectuoso acento:

»—Amigos, no hará nuestra tristeza que descendamos á la mansion de Hades ni un momento ántes de que está por el Destino señalado. Levantaos, y en tanto nos proporcione el cielo alimentos, gocémonos en la abundancia y burlemos la cruel muerte que el hambre nos depara.

»A mi voz sacudieron su abatimiento, y saliendo de las cuevas donde se habían retirado, agrupáronse en la

playa mirando con asombro el colosal venado. Satisfechos los ojos, lavan sus manos y se disponen para el festin; sentados en la arena lo hacemos durar hasta la tarde, y si la sabrosa carne nos vigoriza y fortalece, huye desterrado por el vino el recuerdo de las penas pasadas. Llegada que fué la noche nos entregamos allí mismo al sueño, pero así que coloran los cielos los primeros rayos de la Aurora, reuno á mis compañeros en consejo, y colocado yo en medio de todos les dirigí este discurso:

»—Compañeros, no os impidan nuestros infortunios prestarme atencion, yo os lo ruego. La tierra que pisamos es para nosotros desconocida, é ignoramos por completo á qué distancia se encuentra del Septentrion, del Mediodía, de los lugares por los que se esconde el astro vivificante de la luz y de aquellos por donde devuelve la claridad á los mortales. Por si nos queda todavía un partido que tomar apresurémonos á considerar lo que la prudencia dicta; en cuanto á mí nada se me ocurre. Desde lo alto de ese monte he visto que habíamos abordado á una isla muy baja, rodeada por el vasto mar; del centro de ella, de entre las sombras de espeso bosque, salía muy densa humareda.

»Al oirme hablar así, los corazones de mis compañeros desmayan y á su memoria se presentan Antífates, rey de los Lestrigones, y el terrible Cíclope, devorador de hombres. Todos ellos prorumpen en gritos y sollozos y se deshacen en llanto. Pero ¿acaso gritos y lágrimas alcanzan á mudar el destino de los infelices? Dividida en dos compañías la tripulacion póngome yo á la cabeza de la primera, y confio á Euríloco el mando de la otra; agitadas dos suertes en un yelmo de bronce, y sacada una, la de Euríloco se ofreció á nuestras miradas. Dispónese, pues, á partir á la cabeza de veintidos compañeros, y si ellos no pueden dejarnos sin llorar, todos nosotros prorumpimos en suspiros al verles emprender la marcha.

»Atravesando el bosque llegaron á extenso valle en el que se alza el soberbio alcázar de Circé, todo él de deslumbrante mármol; en la puerta veíanse lobos y leones, fieros moradores de las selvas, domesticados por los hechizos de aquella maga, y en vez de precipitarse enfurecidos contra mis compañeros, los acariciaban y saludaban á su modo meneando sus erizadas colas. Así los domésticos y leales perros acuden y reciben con vivas caricias á su amo, cuando, despues de un banquete, vuelve á casa, esperando que habrá de traerles alguna golosina; del mismo modo los lobos y leones de mortífera garra festejan á mis guerreros, que no volvían de su espanto al mirar tan cerca de sí á aquellos monstruos de las selvas. Detiénense en los umbrales del alcázar, atento el oido á los melodiosos cantos que entonaba la bella deidad, al tiempo que bajo sus dedos nacía, como por encanto, en extendida tela, un bordado maravilloso por la correccion, gracia y brillantez, semejante en todo á las obras de las olímpicas divinidades.

»Uno de los guerreros del grupo, el esforzado Polites, á quien yo profesaba singular afecto, toma la palabra y dice:

»—¡Oh amigos mios! una mortal, ó por mejor decir, una diosa, á la vez que con sus dedos borda admirable labor, hace resonar el palacio con su voz de seductora expresion. Roguémosle que se presente.

»Dijo, y todos á una la llaman. Sin dilacion se presenta á abrirles la puerta y les convida á penetrar por ella. ¡Insensatos! todos sin vacilar siguen sus pasos, y Euríloco es el único que, temeroso de una celada, permanece con prudencia fuera del alcázar. La diosa hace sentar á los guerreros en mullidos almohadones, miéntras con sus propias manos les prepara un brebaje en que la leche, la flor de harina y la miel se mezclan con suavísimo vino; vierte en él unas gotas de un filtro que con encanto invencible ha de borrar en su mente la memoria de la patria, y al presentarles la copa, apúranla todos. Tócales luego con su mágica varilla, y precipitados á profundo establo, conviértense ¡oh singular y repentina metamorfósis! en repugnantes cerdos; la cabeza, la voz, las cerdas todo es en ellos como en aquel animal; pero se conocen entre sí, pues en esta parte no ha sufrido su sentido alteracion, y al mirarse en tal estado lloran. Circé les arroja con desden cerezas silvestres y bellotas, que devoran con avidez gruñendo entre el fango.

»Euríloco corre á la playa impaciente por hacernos saber la desastrosa suerte de sus compañeros; pero una vez entre nosotros no acierta á pronunciar una palabra: lacera su pecho intenso dolor é inundan las lágrimas sus ojos. Sospechando terrible catástrofe, poseidos de asombro y temor, le interrogamos y le instamos para que rompa su silencio; al fin puede hablar y nos da á conocer nuestro infortunio.

»—Obedeciendo tus órdenes, noble Ulises, dijo, atravesamos el bosque; en el fondo de un ancho valle vimos hermoso y marmóreo palacio; al tiempo que bordaba, una mortal, ó mejor una diosa entonaba cánticos celestes. Llámanla mis compañeros. La puerta se abre, la diosa se presenta, y su dulce voz nos ofrece un asilo. Imprudentes, la siguen todos; sólo yo me quedo fuera del palacio, y ninguno de ellos vuelve; todos habrán perecido, pues en vano, con los ojos fijos en la puerta, los he aguardado largas horas.

»Oido esto, pongo al costado mi terrible espada, échome el arco á la espalda y mando á Euríloco que me guíe al alcázar.

»—No vayas allá, dijo cayendo de hinojos ante mí y abrazando mis rodillas; no vayas á aquel lugar horrible, hombre intrépido en exceso, y no me obligues á seguirte. Á ninguno de los guerreros que me acompañaron lograrás arrancar de aquel sitio, y alcanzarás úni-

camente perderte cual ellos. Huyamos con los que nos quedan; quizas aún es tiempo de evitar el peligro con que nos amenaza este dia funesto.

»—Euriloco, le dije, puedes quedarte en la playa, sin más pensamiento que comer y beber; no necesito de tu compañía. Iré solo, pues la invencible necesidad me impone como ley marchar en auxilio de mis compañeros.

»Esto diciendo, estaba ya léjos de la ribera, y cuando avanzando por el valle me acercaba al palacio de la temida maga, preséntase de pronto á mi vista, bajo el aspecto de hermosísimo mortal, el dios armado del dorado ramo, el divino Hermes. En su rostro asoma apénas el bozo; en los umbrales de la adolescencia, encanta por su juventud y donosura. Tomándome de la mano, me dijo:

»—¿Á dónde te encaminas, infeliz, tú que sin conocer esa peligrosa mansion, recorres solo con temerario paso estas selvas y montañas? Víctimas del poderío de Circé han experimentado tus compañeros la más vergonzosa metamorfósis; como inmundos cerdos hállanse aprisionados en asquerosa pocilga. ¿Á libertarlos vienes? Teme más bien que á tí te quede igualmente prohíbida la salida, y que junto con aquellos cuya pérdida deploras quedes en ese palacio encarcelado... Pero, digo mal, nada temas, que yo, de tí compadecido, quiero librarte del funesto peligro que te amaga. Toma esta planta salutífera, y entra sin miedo en el palacio de Circé. La encantadora preparará para tí un brebaje en el que destilará mágicos jugos; pero no temas; es tanta la virtud de esta planta maravillosa que te hará superior al hechizo. No es esto todo; así que te toque Circé con su larga varilla, corre hacia ella con la espada en la mano como dispuesto á matarla; asustada con tu audacia, querrá aplacarte con su belleza y te ofrecerá su corazon. Si deseas alcanzar la libertad de tus compañeros y el auxilio que en tu viaje has menester, no desdeñes el amor de una diosa, pero oblígala á asegurar con el temido juramento de los inmortales que no habrás de temer de su parte lazo ni celada alguna, pues podría, al verte desarmado, ablandar y desvanecer tu denuedo.

»Así habló Hermes, y arrancando de la tierra aquella planta, púsola en mis manos y explicóme sus virtudes. Negra en sus raíces, son sus flores cual la leche blancas. *Moly* es el nombre que ha recibido de los dioses, y si es difícil á los hombres descubrirla, no puede escaparse á los ojos de los inmortales.

»Miéntras Hermes, por entre las arboledas de la isla, emprende otra vez el vuelo al Olimpo, me adelanto hacia el alcázar de Circé [1], procurando contener los redoblados latidos de mi afanoso corazon. Llegado á los umbrales de la morada de la diosa, me detuve y llamé; abriéronse en seguida las puertas, y presentándose ella misma, hizo que pasara adelante y que me sentara en magnífico solio, descansando los piés en un estrado. Su mano ofréceme en áurea copa una bebida en la que ha vertido sus mágicos filtros; la tomo, la acerco á mis labios y la apuro, pero el hechizo no produce en mí efecto alguno. Tócame entónces con su varilla y me dice:

»—Vé á la oscura pocilga á reunirte con tus compañeros.

»Resonaba aún el sonido de su voz cuando con la espada desnuda me precipito contra ella en actitud de inmolarla. Con desgarradores gritos cae á mis piés, asoma el llanto á sus ojos, y con acento angustiado me dice:

»—¿Quién eres? ¿Qué país es el tuyo? ¿De qué padres has nacido? ¡Imposible parece! has bebido y no te sientes hechizado! Nunca hasta ahora había mortal alguno resistido á mis filtros. Indómito ha de ser el corazon que late en ese pecho, y eres, no me cabe duda, aquel Ulises, por su prudencia famoso, cuya nave, á lo que Hermes me ha anunciado repetidas veces, ha de abordar á esta isla á su regreso de Troya. Envaina el acero; vencedor eres de una deidad, y desde ahora te hago dueño de mi albedrío. Borre el amor entre nosotros hasta el menor rastro de desconfianza y recelo.

»Así dijo, y yo, sin ceder á sus halagos, le contesté:

»—¿Cómo quieres ¡oh Circé! que se abra para tí mi pecho á tiernos sentimientos cuando sé que has trocado á mis compañeros en inmundos animales? ¿Cómo no pensar que tus seductoras palabras, que tu amor no son más que nuevo artificio para retenerme aquí, despojarme de mis armas, enflaquecer mi valor, todo para confundirme luego con los más abyectos mortales? La felicidad con que me brindas no puede fascinarme hasta tal punto, á no ser ¡oh diosa! que desvanezcas mis temores con el inviolable juramento de los inmortales.

»Profiere Circé el terrible juramento, y á poco se adelantan cuatro ninfas, nacidas en las fuentes, en las selvas y en los sagrados rios que llevan al Océano el tributo de sus aguas. Extiende la una en la sala blancos velos y purpúreos tapices; prepara la otra una mesa de plata en la que coloca dorados canastillos; vierte la tercera en brillantes copas el exquisito néctar de urna preciosa, y la cuarta, despues de ir en busca á la inmediata fuente de un agua cristalina, dispone el odorífero baño. Puesta á la llama reluciente vasija, el agua murmura y á poco hierve; una ninfa me guia al baño, y con grato placer siento correr por mi cabeza y por todo mi cuerpo chorros de agua templada que me libran de la postracion en que me tenían sumido tantas penas y trabajos. Así reanimado y perfumado el cuerpo con aceitosa esencia, preséntanme una túnica de fino cendal y un magnífico manto, y acompañado otra vez á la sala me siento en el refulgente estrado. Adelántase otra ninfa

[1] Véase tomo I, pág. 379.

con aguamanil de oro y vierte en mis manos la clara agua de las fuentes. Sirven en seguida exquisitos manjares, pero aunque la diosa me instaba para que los probase, éranme odiosos, abismado como estaba en profunda melancolía: sin quererlo, entregábase mi alma al recuerdo de los males pasados y presagiaba para lo porvenir otros no ménos horribles.

»Observó Circé mi tristeza, y me dijo:

»—¿Qué pesar ¡oh Ulises! atormenta tu corazon? ¿Por qué estás mudo y te niegas á llevar á tus labios la regalada copa? ¿Temes acaso un nuevo engaño? ¿Por ventura no han pronunciado mis labios inviolable juramento?

»—¡Oh Circé! le contesté, ¿qué hombre en mi lugar, á no estar privado de todo sentimiento humano, podría gustar manjar ni bebida ántes de haber alcanzado la libertad de sus compañeros y sentido el placer de estrecharlos en sus brazos? Si tu sincero afecto desea verme tomar parte en el festin, devuélvelos á su pristino sér y haz que se presenten á mi vista.

»Apénas hube proferido estas palabras salió Circé llevando en la mano su varilla. Abrió la zahurda donde estaban mis compañeros, semejantes á cerdos, revolcándose entre fango, y los condujo á la sala. No volvía de mi asombro al contemplarlos; pero la diosa ungiólos uno á uno con mágico aceite, y de pronto desaparecen de sus miembros las cerdas de que los erizara el funesto brebaje, recobrando su forma primera, todavía con más juventud, más fuerza y belleza. Al reconocerme vuelan á mis brazos; alegres exclamaciones y lágrimas de ventura expresan nuestro gozo, y hasta la diosa llega á conmoverse.

»—Hijo de Laertes, prudente Ulises, dijo la generosa Circé, ¿qué esperas? corre á la orilla del mar. Sacad la nave á la playa, y despues de depositar en las cuevas allí inmediatas el aparejo y vuestros tesoros, vuelve con los otros compañeros por tí tan queridos.

»Dijo, y como en mi alma generosa no podían caber ya recelos ni temores, dirigíme sin vacilar á la playa, donde hallé á mis compañeros abismados en sombrío dolor y entregados á silencioso llanto. Cuando las vacas, de regreso de los floridos prados con las ubres rebosando leche, llegan por la tarde al coto, precipítanse á su encuentro, llenos de alegría, los tiernos becerrillos; todos saltan; no hay vallado que pueda contenerlos, y corren, dando prolongados mugidos, al rededor de sus madres; asimismo mis compañeros vienen á mí y me rodean con exclamaciones de alegría; paréceles al verme que se hallaban ya en las queridas peñas de Itaca, donde nacieron y crecieron. En medio de sus extremos, óyense á más de uno estas palabras:

»—¡Oh favorito de Zeus! tu vuelta nos inspira tanto gozo como si estuviéramos ya viendo la amada tierra en que recibimos la vida. Habla, cuéntanos la deplorable muerte de nuestros amigos.

»—Sacad el bajel á tierra, díjeles con voz reposada y persuasiva, colocad en esas grutas el aparejo y nuestros tesoros, y seguidme sin tardanza á la sagrada mansion de Circé. Allí encontraréis á los compañeros con la copa en la mano, gozando de los placeres de un festin en que nada falta.

»Cúmplense sin dilacion mis órdenes; Euriloco es el único que á ellas se resiste.

»—¿Á dó vais, desdichados? grita. ¿Cómo no veis que os precipitais á la perdicion? Circé os transformará á todos en repugnantes cerdos, ó bien en lobos ó leones para custodiar ¡oh necesidad cruel! las puertas de su palacio. ¿No os acordais ya del antro del Cíclope donde entraron nuestros amigos acatando el mandato de Ulises? La ciega audacia del hijo de Laertes fué para ellos causa de desastrosa muerte.

»En el primer momento llevé la mano á mi ancha espada para castigar al atrevido, sin que lograra contenerme la estrecha alianza que con mi familia le unía, esposo como era de Climene, mi hermana; mis compañeros, empero, calmaron mi furor, y me dijeron:

»—¡Oh Ulises, amado de los dioses! dejémosle, si te parece bien, aquí en la orilla; servirá de custodia á la nave, en tanto que nos guías á la augusta morada de Circé.

»Y se alejan conmigo de la playa; tampoco Euriloco se atrevió á quedarse en ella, y nos siguió, arrastrado por mis amenazas.

»En esto los compañeros que quedaron en el alcázar de la fada habían sido confortados con el baño, y perfumados y fragantes, cubiertos con vistosos trajes, halláhanse reunidos en opíparo festin. Pero al ver de nuevo á los amigos que creían perdidos recreció en todos la memoria de sus infortunios. Unos á otros se interrogan; píntanse por medio de mútuos relatos cuanto han padecido desde que partieron de Itaca, y otra vez corre el llanto y las bóvedas de la sala resuenan con redoblados sollozos.

»—Hijo magnánimo de Laertes, dijo entónces la diosa, pon freno al dolor. Sé los reveses que habeis pasado por mar y los males que bárbaros enemigos os han causado en la tierra; pero en mi palacio podreis gozar del regalo y la abundancia hasta que hayais recobrado aquellas fuerzas y aquel brío que os indujeron á dejar los campos de Itaca. Abatidos, consternados, teneis ahora constantemente á la vista trabajos y adversidades, y os parece que el corazon está cerrado para siempre á la alegría.

»A estos acentos recobran nuestros pechos la calma; en aquella grata mansion permanecimos todo un año, y el descanso, la abundancia, los gratos presentes de la vida debilitaron poco á poco el recuerdo de nuestros males y nos devolvieron el perdido vigor. Pero cuando las Horas han pasado y con ellas muchos dias y meses, llamáronme á parte mis compañeros y angustiados me dijeron:

»—¿Acaso no es aún tiempo, desdichado, de pensar en la patria? ¿No suspiras ya por tu palacio, por los campos de tus mayores?

»No en vano dicen estas palabras: luego que la noche, reemplazando al sol, llena de sombras el alcázar y que mis amigos quedan entregados al sueño, diríjome á la estancia en que duerme la deidad, y suplicante la imploro.

»—¡Oh Circé! le dije; cumple tus juramentos y consiente en que vuelva al país que me vió nacer; á él me arrastran mi propio corazon y el ardiente deseo de mis compañeros. Apénas te apartas de nosotros vienen á mí derramando lágrimas y su desconsuelo me destroza el alma.

»—Generoso hijo de Laertes, contestó la diosa; parte, si tal es tu voluntad; mas no esperes respirar pronto el aire de la patria; otro camino te llama. Es preciso que desciendas al temible imperio de Hades y Perséfona á fin de consultar á la sombra de Tiresias, el adivino de entendimiento perspicaz aunque ciego de los ojos del cuerpo, cuyos oráculos oyó en otro tiempo la ciudad de Tébas. Su alma es, por especial favor de Perséfona, la única entre los muertos que se halla dotada de rara sabiduría, pues en aquel lugar sólo revolotean vanos fantasmas.

»Al oir estas palabras, siento desgarrado el pecho por la desesperacion, y mis lágrimas bañan su lecho; la vida es para mí enorme peso, y aborrezco hasta la luz del sol. Despues de dar libre campo á mi afliccion, dije:

»—¿Qué piloto ¡oh Circé! me guiará en el peligroso viaje, pues jamas bajel alguno ha llegado á la mansion de los infiernos?

»—Ulises, me contestó la diosa, no has de esperar quien te guíe para llegar allá, basta con embarcarte; larga la vela, y abandona tu nave al soplo de Bóreas.»

Dióle, sin embargo, las instrucciones necesarias para el peligroso viaje [1], y al asomar la aurora corría Ulises por las salas del vasto palacio llamando con acento afectuoso á sus dormidos compañeros.

«—Amigos, decía, cesad de saborear las dulzuras del sueño; partamos, pues la augusta Circé nos lo permite.»

Los Griegos se apresuran á seguirle, pero no todos pudieron salir de la encantada isla.

«Entre ellos, dice Ulises, había un jóven por nombre Elpenor, que no había mostrado aún gran esfuerzo ni prudencia; habíase dormido, separado de sus camaradas, en la techumbre del palacio adonde subiera para calmar con la frescura del aire el ardor que difundiera en sus venas el exceso de vino; despertado de pronto por el tumulto de sus compañeros al entregarse á los preparativos de marcha, púsose en pié; pero en su turbacion é impaciencia, en vez de bajar los escalones, precipitóse del techo abajo y se estrelló, volando su alma al sombrío imperio.

»—En vuestros ojos veo brillar el contento, dije al mirar reunidos á los mios, pues pensais encaminaros á la patria y volver á nuestros benditos hogares. Pero no es así: Circé nos ha trazado distinto camino y es fuerza que descendamos á la mansion de Hades y Perséfona para consultar á la sombra de Tiresias.

»Al oirme palidecen todos de horror, y prorumpiendo en lamentos, se arrastran por el polvo y mesan sus cabellos. ¿Pero de qué les sirve á los desgraciados llorar y gemir?

»Afligidos, derramando lágrimas, se dirigen á la playa; junto á la nave hallamos dispuestas las víctimas, una oveja y un carnero negros. Sin ser apercibida Circé, cubierta con flotante vestido que, brillante cual los rayos del dia, le llegaba hasta los piés, ceñido el talle con un cinturon de oro y ornada la frente con espléndida tiara, nos había precedido con rápido vuelo. Cuando los dioses quieren ser invisibles ¿qué mortal acierta á descubrir las huellas de su paso?

»Lanzada la nave al mar, desplegadas las velas, embarcamos las víctimas y por último subimos á ella nosotros, pálidos, con los ojos arrasados en llanto, sobrecogidos de horror. La diosa que triunfa por su hermosura y por los suaves acentos de su voz, Circé, nos envía favorable viento, el cual, fiel compañero de viaje, no nos abandona: hinchada por él la vela, hiende impetuosa nuestra proa el azulado mar.»

Explicado queda en el lugar últimamente citado el viaje á las regiones tenebrosas, y cómo las sombras, con espantosos aullidos, se empujaban al rededor del hoyo abierto por Ulises para recibir la sangre de las inmoladas víctimas.

«La primera que á mi vista se ofrece es la de nuestro compañero, el desgraciado Elpenor; la tierra no lo había recibido aún en su regazo, pues ocupados en otros cuidados, dejamos su cuerpo en el palacio de Circé, sin regarle con nuestro llanto ni tributarle funerarios honores. A su vista, movidos á compasion, humedeciéronse nuestros ojos.

»—Elpenor, le dije, ¿cómo has descendido á la mansion de la profunda noche? Sin vela ni remos has llegado aquí ántes que nuestra nave.

»—¡Oh generoso hijo de Laertes! contestó con voz doliente, un genio maléfico y el exceso del fatal licor causaron mi perdicion. Dormido en el tejado del palacio de Circé, desperté sobresaltado; impaciente por seguirte caí precipitado al suelo, y roto mi espinazo, voló el alma á los infiernos. Por aquellos cuya ausencia lloras y á los que adora tu corazon cual divinidades, por tu esposa, por tu padre, que te crió desde niño con solícito cuidado, por el jóven Telémaco, único y querido vástago que en tu palacio dejaste, ruégote ¡oh rey! que al volver á la isla de Circé, donde sé que otra vez has de abordar, te acuerdes de tu compañero. No me abandones en ella sin haberme llorado, sin darme sosegada sepultura; no quieras que, infeliz, caiga sobre mí la indignacion de los dioses. Quema mi cuerpo y mis armas, y erige á un desdichado en la orilla del mar un monumento que sea conocido por las generaciones futuras.

»—¡Oh tú, cuya suerte deploro! le dije, está tranquilo: mi corazon te asegura que tus votos quedarán cumplidos.

»En tanto que así departíamos mantenía con firme brazo mi espada desnuda en la sangre de las víctimas, y el fantasma, del cual únicamente me separaba el hoyo, no cesaba en sus dolorosos lamentos. De pronto elevóse la descolorida sombra de mi madre, la hija de Autolico, de la venerable Anticlea, la cual vivía aún cuando partí para la funesta Troya; fijo en ella mis ojos arrasados en lágrimas, y aunque acerba pena aflige mi corazon y me cuesta doloroso esfuerzo, no consiento, siguiendo las instrucciones de Circé, que aquella sombra querida se acerque á la sangre ántes de haber llenado mi primer deber y consultado á Tiresias.

»Al fin, cubierto con la nieve de los años, preséntase el adivino, la gloria de Tébas, Tiresias; lleva en la mano su dorado cetro, y mirarme y reconocerme fué todo uno.

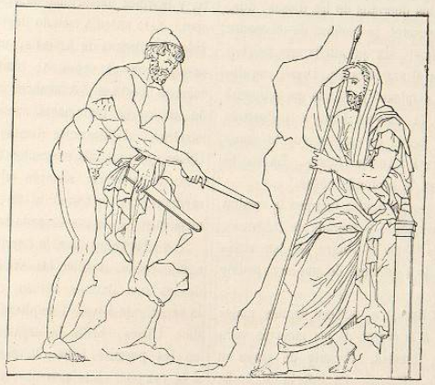

Fig. 681.—Ulises y Tiresias. (Bajo-relieve antiguo. Museo del Louvre).

»—¿Por qué, hijo infortunado de Laertes, por qué, me dijo, has dejado la luz del sol y venido á ver los manes y su horrible mansion? Apártate del hoyo y retira la espada; deja que beba esa sangre y te revelaré lo futuro.

»Sin vacilar le obedezco; la sombra se acerca, bebe de aquella negra sangre, y pronuncia sus oráculos.

»—Famoso Ulises, dice, tú solo deseo es regresar felizmente á tu patria; pero una deidad sembrará de obstáculos tu camino; las miradas de Poseidon te siguen por doquiera, pues alimenta en lo más íntimo de su corazon profundo resentimiento contra tí desde que privaste á su hijo de la vista.

»Esto no obstante, aunque al traves de infinitos males, llegaréis todos á la tierra de vuestros antepasados, pero esto no será sino con una condicion: la de dominar tus deseos y los de tus compañeros cuando, salvada de las tormentas, llegue vuestra nave á las riberas de la isla de Trinacria. Veréis allí pacer en hermosos prados á los magníficos rebaños de Helios, ojo y oido del universo. Si los respetais, será en vano que el infortunio os persiga, y pondréis un dia los piés en Itaca. Pero si derramais su sangre ¡desgraciados de vosotros! si esto hiciéreis, te anuncio la pérdida de tu nave y la de tus compañeros, y si por favor especial de los dioses alcanzas á evitar tú solo la muerte, será tu regreso muy lento y desgraciado. Despues de perder á tus amigos todos volverás á tu patria solo, en una nave extranjera; nuevos contratiempos te aguardan dentro de tu palacio, donde encontrarás á príncipes codiciosos de tus bienes y de la mano de tu virtuosa consorte, á la cual tratan de seducir ofreciéndole presentes. Su orgullo é insolencia serán por tí castigados al presentarte en tu morada.

»Pero despues de haberlos inmolado merced á la astucia ó á la fuerza, empuña otra vez el timon, pues así te importa, ¡oh mortal nacido para los azares y trabajos! y recorre de nuevo mar y tierra hasta que llegues á un pueblo que no tiene idea ninguna de Poseidon, que no sazona con sal sus manjares y que ni siquiera ha oido hablar de las proas que el bermellon colora, ni de los remos que son las alas de los buques. Para que conozcas de un modo indudable tu llegada á aquel pueblo,

[1] Véase tomo I, pág. 603.